
CAPÍTULO XIII

EL DELITO, LA PARADOJA Y LA POLÍTICA

Al lado de las pasiones, que en todas las épocas han sido las causas eficientes de la criminalidad, creo necesario añadir dos causas modernas, la paradoja y la política. A buen seguro, que en otras épocas, aun en la antigüedad, ha habido sofistas y políticos, que han vivido de la política, del fraude, de la corrupción electoral y de sus teorías sofistas. Pero nunca, nunca, el sofisma y la política habían ejercido una acción más funesta en los actos humanos, como en nuestros días.

¿Qué tiempo hubo tan fértil para los políticos y los sofistas?

EL DELITO Y LA PARADOJA.—A fuerza de razonar y de desbaratar, de analizar y de descomponer, todo se ha negado; verdades religiosas, verdades morales, verdades económicas y sociales. Háse dicho en otra época, que en Francia el espíritu corre por las calles; pero hoy, ¿no es el sofisma, la paradoja, lo que sostiene los libros, las revistas y los periódicos? ¿Sin duda, los hombres no tienen hoy menos aliento que en otras épocas, pero, el número de los espíritus sensatos y justos, es el mismo? ¿No parece que en las ciencias morales y filosóficas, la investigación de la verdad ha sido sustituida por la investigación de la novedad? «Hay tiempos, y este es el nuestro, en el cual las verdades sencillas, las ideas exactas no bastan para despertar la atención de los hombres; sino que se lanza todo el mundo á proposiciones exageradas y por esto, la paradoja se intro-

duce por todas partes.» (Flourens, *La Psicología comparada*, pág. 84.) Toda nueva hipótesis es acogida con entusiasmo, y por esto sólo, forma el contrapeso de una creencia tradicional; las verdades morales, parecen triviales y fútiles á algunos espíritus refinados: son ya demasiado viejas. Un nuevo sofisma es mucho más atractivo. Sobre todo, ¡cuánto atractivo tienen las hipótesis científicas que rebajan al hombre! Es verdad que están contradichas por los hechos observados con imparcialidad, y sanamente interpretados, que destruyen los fundamentos de la moral y del derecho penal, que las rechaza la conciencia humana, que la razón se espanta por las ruinas que preparan. ¿pero qué importa todo ello á los innovadores? La sociedad saldrá del conflicto como pueda, ¡perezca la sociedad antes que estas hipótesis!

¿A qué obedece este desprecio de las verdades morales? ¿De dónde viene esta pasión por la paradoja? ¿Hay que reconocer en ello, un carácter propio de las civilizaciones avanzadas? ¿Obedece esto á una afición más declarada que nunca en favor de un cambio radical? ¿Somos como los Atenenses, que empleaban todo el tiempo diciendo ú oyendo decir algo nuevo? (*Actas de los Apóstoles*, cap. XVII, 21.)

Las nuevas teorías que quieren destruirlo todo, acusan á las antiguas creencias espiritualistas, por su armonía con el buen sentido; como si una teoría que carece de buen sentido y que rebela la conciencia, se recomendase por esto mismo, á la adhesión de los sabios. Aquellas teorías no vacilan en ponerse en contradicción con la conciencia, cuando pretenden «que se nace criminal, como se nace poeta.» que «el culpable es el juez.» que «la sociedad en cierto modo prepara los delitos, y el criminal no es sino el instrumento que los ejecuta.» que «la más noble, la más santa de las aspiraciones del sabio, es el librar al delincuente, de la ignominia, del estigma del delito.» Estas paradojas nos conducen no sólo al nihilismo tanto en moral como en política, sino á llamar *bien* á lo que es el *mal*, y *mal* á lo que es el *bien*, y pervierten la conciencia pública. Desde luego, ¿no cabe temer que el sentido moral se altere al propio tiempo que el sentido común, y que después de haber sembrado el desorden en los espíritus y las conciencias, los innovadores, no recojan, no cosechen sino el desorden en las costumbres públicas y... en las calles?

Háse demostrado esta influencia de las ideas sobre las ac-

ciones. En todas épocas, cuando innovadores temerarios han querido destruir una creencia necesaria á la vida moral de la humanidad, han ensayado siempre alentar la opinión, pretendiendo que sus teorías quedarían en los libros, que aquellas no se difundían para el vulgo, y que no ejercían influencia alguna en los actos humanos. «El ateísmo, decía Holbach, así como la filosofía y todas las ciencias profundas y abstractas, no se han hecho para el vulgo, y ni aun para el mayor número de los hombres... Por otra parte diremos con Hobbes, no se puede hacer daño alguno á los hombres, proponiéndoles sus ideas... Ninguna obra puede ser peligrosa aunque contuviera principios evidentemente contrarios á la experiencia y al buen sentido: ¿qué resultaría de una obra que nos dijese hoy que el sol no es luminoso, que el parricidio es legítimo, que el robo es permitido, que el adulterio no es crimen?... Estas no son máximas que convenzan á los hombres.» (*Sistema de la naturaleza*, t. II, cap. XIII, t. I, cap. XIV.) La Mettrie empleaba el mismo lenguaje: «Los materialistas, decía, se complacen en decir que el hombre es una máquina, pero el pueblo, el vulgo, no lo creará nunca. Así nuestros escritos no son sino canciones para la muchedumbre, frívolos razonamientos para quien no ha recibido la debida preparación para entenderlos... Nuestras hipótesis no son peligrosas... Las verdades filosóficas no son sino sistemas distintos, de los cuales cada cual puede tomar lo que más le guste, toda vez que el *pro* no está más demostrado que el *contra*. Todo ello no son sino hipótesis sin influencia alguna práctica. He creído poder demostrar que los remordimientos no son sino preocupaciones de la educación, y que el hombre es una máquina gobernada por el fatalismo absoluto: he podido equivocarme, quiero creerlo: pero suponiendo, como lo creo sinceramente, que esto sea filosóficamente cierto, ¿qué importa? Todas estas cuestiones pueden ser consideradas como el punto matemático, que no existe sino en el cerebro de los geómetras, como tantos y tantos problemas de geometría y de álgebra, cuya solución clara é ideal demuestra toda la fuerza del espíritu humano; fuerza que no es enemiga de las leyes, teoría inocente y de pura curiosidad.» (Obras filosóficas de La Mettrie, *Discurso preliminar*, t. I, pág. 18.)

En nuestros días, el Dr. Lombroso invoca las mismas razones de Holbach y La Mettrie, para vindicar su teoría, de los peligros que ofrece. «Las doctrinas, dice, se quedan en los li-

bros, los hechos siguen su curso. ¡La cosa está demostrada!» (*Prefacio del Hombre criminal*, pág. 20.)

Es verdad, y ello es una fortuna, que la humanidad no forma sus creencias con simples lecturas: y si así fuera, debería cambiarlas con suma frecuencia, sobre todo, si descansaban en sistemas filosóficos, ó en hipótesis, llamadas científicas. En su corazón y en su raciocinio, es donde encuentra las creencias necesarias á su vida moral. Pero, ¿es cierto que no hay teorías peligrosas, que estas teorías se quedan siempre en los libros, que no salen de ellos para excitar las malas pasiones y servir de pretexto ó excusa de los delitos?

Basta echar una rápida mirada á la historia, para ver cuantos delitos han sido inspirados por teorías falsas. ¿Acaso en la época de las guerras religiosas, muchos asesinatos no fueron debidos por la falsa máxima de que el fin legitima los medios? ¿Acaso los sofismas de Holbach, Helvecio, La Mettrie, Diderot y de Rousseau, no ejercieron una funesta influencia en los hombres de 1793, que comprometieron la obra bienhechora de la Asamblea constituyente? La influencia de aquellos teóricos en los crímenes del Terror es tan evidente, que según la acertada observación de La Harpe, puede hacerse la exacta y continua aplicación de cada género de sofisma, á cada clase de crímenes. (*Refutación del libro del Espíritu*, pág. 102.) En nuestros días, ¿no hemos comprobado el peligro de las teorías que niegan á Dios, el deber y la propiedad, cuando durante la *Commune* y en las reuniones que la prepararon, vimos al ateísmo asociado á la glorificación del 1793, y el materialismo en consorcio con el comunismo? Los filósofos y los abogados que en un principio, creyeron en lo inofensivo de estas teorías, ¿no se han visto obligados á confesar su error? Así decía M. Julio Favre: «Siempre había juzgado que estas cosas eran pura declamación, que socialmente hablando no eran peligrosas: y me he equivocado (1).»

(1) *Información parlamentaria sobre el 18 de marzo*. «Durante mucho tiempo se consideró también en Alemania, que eran inofensivas las teorías de Hegel, del Dr. Büchner y de Strauss, pero hoy se ve, «que las ideas de los filósofos bajan lentamente hasta las masas agitadas, y que hoy cuentan aun los barrios pobres de las grandes ciudades, con discípulos aventajados, con demagogos en mangas de camisa y delantal de cuero, que han jurado la ruina de todas las instituciones sociales.» (Bourdeau, *Revista de Ambos Mundos*, 1.º de marzo de 1891.)

¿Quiérese ver comprobada con un ejemplo, la funesta influencia que han ejercido los sofismas en los espíritus poco ilustrados? Hace pocos meses, en el Tribunal de Assises de las Bocas del Ródano, tuvimos que juzgar por robo calificado y tentativa de asesinato á un joven, que fué impulsado al delito por un sofisma de J. J. Rousseau. El procesado Clarenson, joven de menos de 30 años, condenado ya otras veces, fué sorprendido en una casa de Marsella, en el momento en que estaba fracturando la puerta de una habitación: perseguido por los inquilinos, consiguió fugarse después de disparar su revolver sobre un agente que quiso detenerle, siendo necesario para conseguirlo el concurso de varios agentes y vecinos. Su interrogatorio ante el comisario de policía y el juez de instrucción, no dió lugar á observación especial: el proceso y el acusado fueron enviados á Aix para el curso [de la causa. En la cárcel de esta ciudad, el estado mental del procesado llamó la atención del Tribunal: fui yo mismo á visitarle, le interrogué sobre los demás delitos que había cometido, y he ahí las siguientes contestaciones que me dió, con una gran serenidad. «Yo, no soy un ladrón, soy un restaurador (1).» Quiero recordar lo que se me ha robado. La tierra y sus productos son de todos. Los gobiernos cometen una iniquidad al proteger la propiedad individual: las leyes que la garantizan, son contrarias al derecho natural, sin valor alguno, porque están inspiradas solo por el interés de algunos y el capricho del legislador. Se pretende que la propiedad es sagrada, y que el robo es injusto. Esto es debido á la preocupación que los interesados han imbuido por medio de la educación: la clase acomodada, es la que roba al pueblo quitándole el fruto de su trabajo, y ella es la que hace creer que se le roba, cuando se recobra lo que ha robado.» ¿Cuáles son los libros que os han inspirado estas ideas? ¿Habeis leído á J. J. Rousseau? Si señor, me contestó el acusado con entusiasmo, y *aun leo ahora su discurso so-*

(1) Me parece que fué Babœuf el primero que desarrolló el sofisma siguiente: «Todo movimiento, toda operación que se practique, aunque solo sea parcialmente, para limpiar á los que poseen mucho en provecho de los que no poseen bastante, no será un robo, sino un principio de reversión á la justicia y al orden verdadero.» (*Los filósofos del siglo XVIII*, por la Harpe, t. II, pág. 265): á renglón seguido de este pasaje, Babœuf invoca la autoridad de Diderot, «nuestro principal precursor, nuestro Diderot.» La Harpe hace observar que *limpiar* se traduce por *degollar*.

bre el origen de la desigualdad entre los hombres. ¡Qué libro más hermoso! ¡Rousseau, era un verdadero socialista, como Jesucristo, como Robespierre!» En este momento el acusado me preguntó con vivacidad, si yo era de la clase media. A la sola idea de que así era, su rostro tomó una expresión de la más violenta cólera y desprecio. Para tranquilizarle, me apresuré á decirle, que era un amigo del pueblo: esto le calmó, y volvió á sus anteriores explicaciones, declarando que sabría morir en defensa de sus ideales. ¿No sería mucho mejor, le dije, que renunciaseis á ellas, y pensaseis en vuestra madre, á quien haceis desgraciada? Sí, me contestó, profeso un amor profundo á mi madre, pero, es deber mío, acallar este amor; es necesario además, que mi madre aprenda á elevarse á la altura de mi misión y adquiera sentimientos estóicos; por lo que á mí toca, aceptaré la muerte con resignación. Es muy pesado el vivir en esta tierra llena de iniquidades «y este espectáculo es intolerable para mí.» Muy luego, el jefe de la prisión me participó que el acusado, el día anterior había tratado de suicidarse.

Las contestaciones del procesado y su tentativa de suicidio, demostraban del modo más evidente, la existencia de una perturbación mental, que impedía hacerle comparecer ante el Tribunal de los Assises, á donde había sido citado por la Sala de acusación; y en efecto, fué colocado en un manicomio. Al cabo de algunos meses, pareció haber recobrado la salud, y pidió su comparecencia ante el Tribunal. No obstante el informe y opinión de siete médicos alienistas, el jurado lo declaró responsable. Este acusado, no es el único *restaurador* que ha sido procesado, pues muchos otros, han sido juzgados por el Tribunal Correccional del Sena.

¡Qué influencia más perniciosa ejercen así mismo los escritores que no cesan de atacar á la sociedad, *al infame capital*, y los pretendidos defensores del pueblo, que injurian y calumnian de continuo á la clase media, al clero, á los patronos, y no dejan de echar sobre la sociedad, la responsabilidad de la pobreza y las privaciones de la clase obrera! ¿Quiérese formar una idea de la intensidad del odio que encienden estos sofismas contra la sociedad? Léanse los periódicos publicados por los anarquistas, los blanquistas, los posibilistas, los nihilistas y los socialistas: léanse una y otra vez las actas de la Comisión de información, la historia tan olvidada ya de la *Commune*. Cuando fué ejecutado Milliere, el capitán le preguntó: «¿Detes-

tais á la sociedad? y Milliere le contestó: ¡oh sí, la odio de veras!» Las últimas palabras que Tony Moilin dirigió á su mujer fueron estas: «Educa á nuestro hijo, en el odio contra todos aquellos á quienes he combatido.» Este odio contra la sociedad, iba tan lejos que llegaba á suprimir la patria. Un gran número de comunistas en 1870-1871 no quisieron batirse, porque querían reservarse para combatir contra «los prusianos del interior.» es decir contra el ejército, la clase media y los patronos franceses. Como dijo el general Trochu, «tenían aquellos la misión de proclamar la guerra á muerte, de hacer estallar su odio contra los prusianos, pero no querían batirse con ellos.» (*Una página de historia contemporánea*, pág. 147.)

Este odio contra la sociedad, contra la clase media, el clero, el ejército y la magistratura, ¿se ha apaciguado? ¡Ah, no! en las reuniones públicas, en los periódicos, se reproduce en todas las formas, la excitación al asesinato y al saqueo. Con motivo de un proceso ante el Tribunal de Lión, he leído la siguiente excitación, verdaderamente infernal, dirigida á los muchachos del pueblo, colocados como criados en casas de la clase media. «¡Vengaos, corrompiendo á los hijos de vuestros amos!» Durante muchos meses el fiscal que había encausado á varios anarquistas, no pudo salir por las calles de Lión, sin llevar á alguna distancia algunos agentes de seguridad, para librarle de los revolucionarios que habían jurado su muerte. Diferentes veces, cuando se arrojaron bombas al teatro Bellecour y cuando se trató de hacer saltar una puerta del palacio de Justicia de Lión, esparciöse un verdadero espanto por toda la ciudad.

Estos odios violentos, á duras penas contenidos por la fuerza pública en tiempo normal, ¿no demuestran planes de venganza, incendio, saqueo, excitados y sostenidos todos los días? ¿No son los sofistas los que glorifican las sublevaciones, los que excusan los crímenes de 1793, y procuran rehabilitar el asesinato? ¿No son los demagogos, ateos y materialistas, los que engañan al pueblo, adulándole, excitándole sin cesar, pero con el propósito de abandonarle el día del peligro (1)? ¿No son es-

(1) La mayor parte de los principales culpables se nos ha escapado: de noventa individuos de la *Commune*, apenas hemos capturado sino quince. (*Información parlamentaria sobre el 18 de marzo*; declaración del coronel Gaillard.)

tos los oradores de las reuniones públicas, que buscan el aplauso, con la esperanza de un acta de diputado, atacando á la religión y á la propiedad? Hace algunos años, en los alrededores de Lión, después de una reunión pública en la cual un orador expresó con violencia la opresión ejercida por los patronos, un joven obrero tomó un revolver y lo disparó contra su amo.

Véase pues, por estos ejemplos, que pudiera multiplicar, como las malas doctrinas, llevan consigo los actos más reprobables: que no se diga ya, que los sofismas no ofrecen peligro alguno, que no se diga con Holbach, que causará risa el escritor que quiera rehabilitar el adulterio, el robo y otros delitos. Sin duda alguna el hombre sensato se rie, ó mejor se indigna de tanta audacia y perversidad, pero, ¿hay muchos hombres sensatos que estén libres de la influencia del sofisma? ¿acaso los obreros jóvenes no se dejan alucinar por las teorías más absurdas? ¿acaso los que sufren privaciones, no se ven incitados á la envidia y al odio contra los ricos? ¿acaso las jóvenes que leen muchas novelas, en que se poetiza el adulterio, no pierden la repugnancia á este delito?

Crear, como lo hace La Mettrie, que la solución de un problema moral, de una cuestión social, es tan indiferente al orden público, como la de un problema de geometría, es olvidar la diferencia que existe entre estas diversas clases de problemas: un problema de geometría no compromete las costumbres públicas ni el orden social, y nunca sucederá lo mismo con un problema moral ó una cuestión social.

Toda vez que los sofismas pueden formar ladrones y asesinos, me parece que todo escritor que trate las cuestiones morales y sociales, debe hacerlo con la prudencia más exquisita. Debe considerar como un deber, el pensar en las fatales consecuencias que puede producir un error. ¿Qué importa que estas consecuencias no las quiera, si emanan lógicamente de las premisas que ha sentado? El filósofo no debe olvidar nunca los resultados de sus doctrinas, y examinar si pueden ser útiles á la sociedad, y si acrecentarán la fe en el deber. Si las consecuencias son malas para la moral pública y el orden social, ha de reconocer que existe un error en sus principios. «Un buen árbol, dice el Evangelio, no puede producir malos frutos, como no podrá darlos buenos, el árbol malo.» Si el determinismo, por ejemplo, destruye la responsabilidad moral, quita la mancha del delito y por consecuencia desarma al hom-

bre contra las malas pasiones. ¿la consideración de estas funestas consecuencias, no debe inspirar dudas á los deterministas, acerca la verdad de sus teorías? ¿Acaso una doctrina puede ser verdadera, si favorece la inmoralidad, y encuentra excusas para todos los vicios y justifica todos los delitos?

Por último, cuando aun quedan dudas sobre la existencia de la libertad moral, ¿bastarán estas dudas para autorizar á los escritores á perjudicar á la sociedad y á venir en auxilio de los criminales, librándoles de los remordimientos? Cuando la sociedad tiene una creencia universal que constituye su fuerza, su dignidad y su moralidad, ¿basta una objeción contra esta creencia, para aceptar una tesis que da pie á muchas más objeciones? ¿Acaso el deber no exige respetar una creencia, necesaria al orden social? ¿Es acaso conveniente sostener que los criminales son irresponsables, y que la pasión á la cual han obedecido es irresistible? ¿Sería por ventura, filosofía, querer destruirlo todo, moral, derecho, orden social y arrebatarse á los hombres las creencias que les dan fuerza moral, solo por la autoridad de una hipótesis, que es infinitamente más problemática que la creencia tradicional?

¿Por qué la gran mayoría de los obreros de París, son comunistas? Porque, según la sabia expresión de M. Enrique Maret, se les ha arrebatado el cielo, sin darles la tierra. ¿No sería mucho más filosófico, y más humano, al propio tiempo que se procura mejorar su situación material, el dejarles el cielo, ya que no se les puede dar la tierra? Me parece que ya que no puede abolirse la pobreza y el sufrimiento, sería mucho más prudente, no destruir el consuelo que presta la idea religiosa. ¿Qué utilidad reportarán los pobres con las dudas, que el escritor, el periodista y el orador, suscitarán sobre la existencia de Dios, y la esperanza de una vida futura?: ¿qué ventajas obtendrá la sociedad con la difusión de estas dudas? ¿No sería mejor el disiparlas, que el fomentarlas entre obreros y campesinos, que necesitan la fe para soportar la existencia?

Admito, si se quiere, que el escritor sienta la imperiosa necesidad de entretener al público, con las dudas que asaltan á su entendimiento, sobre las cuestiones morales; pero en este caso, es preciso que presente el resultado de sus reflexiones, al reducido número de sabios á quienes interesan estas cuestiones, en una forma y en términos que no puedan emplearse con el vulgo. Pero sobre todo, que escriba sin ofender á los

hombres que no piensan como él, y respetando las creencias que alimentan al alma, de fe, esperanza y caridad. Para evitar toda alusión á los escritores contemporáneos, coged á los filósofos ateos y materialistas del siglo XVIII, á Holbach por ejemplo, y ¿qué encontraréis? ataques y lenguaje injustificados contra los reyes, los sacerdotes, los grandes y los ricos. Los reyes todos son tiranos, los sacerdotes unos imbéciles é impostores, los grandes y los ricos corrompidos y egoistas. El pueblo está representado como una víctima de la rapacidad de los ricos, de los negociantes «que se engordan jurídica y legalmente con la sustancia del pobre.» los malos entregados al libertinaje y la pereza, «no tienen otro recurso, que hacer la guerra á la sociedad y vengarse con los delitos, ya de la dureza del gobierno, ya de su negligencia.» (*Sistema social*, tomo II, pág. 37.) Cuando un escritor se adorna con el hermoso título de filósofo, ¿necesita acaso predicar el amor á los pobres, con tanto odio á los ricos, y la tolerancia con tanta intolerancia? ¿Por ventura es muy filosófico el enseñar la libertad y la fraternidad, por medio de excitaciones directas al exterminio de los sacerdotes y de los reyes (1)?

Permítaseme aun otra observación: cuando un escritor presenta una hipótesis, ¿por qué no la presenta como tal? ¿Por qué la sostiene con tono dogmático como una verdad demostrada, mientras que él mismo, allá en su foro interno, es el primero en dudar? ¿Hay muchos forjadores de hipótesis que hagan reservas en sus afirmaciones? Y cuando un talento privilegiado tiene la prudencia de presentar con ciertas reservas una nueva teoría hipotética, ¿no vemos desde luego levantarse una cater-

(1) Encuéntranse excitaciones de esta índole, en Diderot y La Mettrie.

«La Nature n' a fait, ni serviteur ni maitre;
Je ne veux ni donner, ni recevoir des lois.»
Et ses mains ourdiraient les entrailles du pretre,
A defaut d' un cordon pour etrangler les rois.—*Diderot*.

La Mettrie, después de comparar al príncipe que se saborea en su tiranía, á un tigre que gusta destrozar á los otros animales, añade: «Sin embargo te compadezco al quejarte así de las calamidades públicas; pero ¿quién no se quejaría aun más de un Estado, en el cual no se encontrase á un hombre bastante virtuoso, para librarle aun á costa de su vida de un monstruo como tú? (*Discurso sobre la felicidad*, edición de Berlín, 1775, tomo II, pág. 115.)—No obstante, Diderot no rehusó los favores de Catalina de Rusia, y La Mettrie los de Federico II.

va de discípulos que suprimen las reservas, y presentan la hipótesis como una verdad demostrada, sin ser escrupulosos en el valor de las pruebas? ¿No ha sucedido esto con la explicación del crimen por el atavismo? Darwin lo propuso como una *conjetura* y con extremadas reservas (*De la descendencia del hombre*, 3.^a edición, pág. 149); la escuela italiana de antropología criminal, no ha seguido igual conducta.

Siendo una semilla cada palabra, todo escritor tiene el deber de no perturbar el espíritu, el corazón y la conciencia de sus semejantes, con insultos á las personas, con ataques á la sociedad, con dudas sobre puntos morales, sobre todo cuando sus escritos no se dirigen á los sabios. Este deber es hoy más imperioso que nunca: con el desarrollo de la instrucción, con la fuerza de propaganda que cierta prensa dá á las paradojas, es tan peligroso jugar con los sofismas, como con las materias explosivas: los sofismas pueden sumir en ruinas á la sociedad.

¿No es altamente imprudente el sostener en Congresos, en revistas, en libros, en folletos, que el hombre no es un ser libre, que no hay ni bien ni mal, que el crimen es un fenómeno natural, que la criminalidad es sólo una fatalidad? ¿Es posible creer, como lo sostiene La Mettrie, que esto es una teoría inocente y de mera curiosidad? ¿Es acaso cierto, el comparar esta cuestión con un problema de geometría, que en nada afecta á la conducta de los hombres (1)? Un sabio puede escri-

(1) Plutarco, con su admirable buen sentido, refutó ya el sofisma, de que un error teórico sobre una cuestión moral, no tiene más consecuencias lamentables en la conducta de los hombres, que un error en física ó geometría. «Si alguien cree que estos pequeños cuerpos invisibles, que se llaman átomos, y el vacío, son los principios del universo, es una opinión errada que profesa, pero que no le causa llaga alguna, ni le produce calentura, ni le excita dolor alguno. Al contrario, si alguien sostiene que la riqueza debe ser el supremo bien del hombre, esta falsa opinión es una enfermedad que le roe el alma, que le tiene fuera de sí, que no le deja momento de reposo, le aguijonea sin cesar.» Los errores sobre el vicio y la virtud, «engendran muchas enfermedades y pasiones, como los gusanos y las polillas en los cuerpos donde penetran.» (*De la superstición*.) En los autores antiguos encuéntrase ejemplos de culpables que buscan excusas en las falsas teorías: así Filipo, rey de Macedonia, después de cada asesinato que cometía, tenía la costumbre de repetir la siguiente frase muy usada entre los griegos. «Es necesario ser muy insensato, para dejar con vida á los hijos, después de haber inmolado al padre.» (*Retórica de Aristóteles*, l. I, cap. xv, traducción Gros, pág. 201.) Esta falsa teoría la sostenían también los Escitas, que la

bir como determinista y obrar como si creyese en el libre albedrío, por una inconsecuencia que demuestra la falsedad de su sistema; pero, ¿no es de temer que la mayor parte de los hombres, encontrando en el determinismo una excusa para todas las pasiones y vicios, adopten una doctrina tan cómoda para adormecer la conciencia? El hombre que quiere apartarse del deber, busca en los sofismas el pretexto de su conducta, y aun á él mismo le cuesta reconocerse culpable. ¡Con qué avidez se lanza sobre la más ligera excusa, para justificarse á los ojos propios y los de los demás! Se esfuerza en encontrar defectos en aquel á quien va á perjudicar, se multiplica los motivos más insignificantes y con mil sutilezas se apresura á engañar á los otros y á sí mismo. Muchas veces he encontrado quien busca excusas en el naturalismo, en las exigencias de la naturaleza. Las exigencias de la naturaleza, las leyes de la naturaleza, la voz de la naturaleza, son por lo común las excusas de un libertino, de un colérico, de un vengativo (1). ¡Con

ponían en práctica, matando á los hijos varones de los condenados á muerte. (Herodoto, iv, párr. 69.) Según Epicteto, las cortesanas de Roma «para excusar su libertinaje invocaban los libros de la *República* de Platón, porque este filósofo quería que las mujeres fuesen comunes.» (*Vida de Epicteto*, por Gillen Boileau, pág. 42, hermano del gran poeta.)

(1) Sabido es cuanto se abusó de estas palabras por los filósofos del siglo xviii: «Escuchad á la naturaleza, exclama Holbach: Oh vosotros, dice, que después del impulso que os doy, buscáis la felicidad en todos los momentos de vuestra vida, no resistáis á mi ley soberana. Trabajad para vuestro bienestar, gozad sin cesar... Atréveteos á sacudir el yugo de la religión, mi soberbia rival, que desconoce mis derechos.» (*Sistema de la naturaleza*, t. II, cap. xiv.) «¡Oh naturaleza, oh amor! exclama á su vez La Mettrie en su *Arte de gozar*, que es imposible citar. Invita al lector á seguir la moral natural diciendo: «Luchar contra la naturaleza, rebelarse contra ella, ¡vaya una comedia!» Después de hermosas páginas inspiradas por el amor á la naturaleza, ¡cuántos sofismas en las obras de Rousseau! «La naturaleza hace bueno al hombre y la sociedad lo pervierte: el hombre de la naturaleza posee todas las virtudes, el hombre social todos los vicios: en el estado natural, el hombre es libre, independiente: el hombre civil, nace, vive y muere en la esclavitud.» En nombre de los derechos de la naturaleza, se atacan todas las instituciones sociales, y sino, véanse algunas máximas para uso de los comunistas. «El que come en la ociosidad lo que no ha ganado él mismo, roba, y un rentista á quien el Estado paga para no hacer nada, á mis ojos no difiere mucho del salteador que vive á expensas de los transeuntes.» La naturaleza condena la ciencia y las artes. «Sabed de una vez, oh pueblos, que la naturaleza ha querido libraros de la ciencia, como una madre arrebató de las manos de su hijo, un arma peligrosa.» Estos sofismas hánse apoderado tanto del pueblo, que no es una singularidad